



Enric Miralles, como de la arquitectura holandesa contemporánea, de Rem Koolhaas y MVRDV.

Más lejos, yendo hacia el interior, Can Rei, proyectado por la arquitecta y diseñadora Julia Schultz-Dornburg, se sitúa en un terreno rural, dentro del bosque mediterráneo, en la estribación del Montnegre, entre Hostalric y Tordera. La casa se basa en inscribir un cubo en el interior de las paredes exteriores, sin techo, de los restos de una masía. Se trata de una casa dentro de una casa, a la manera de los ejercicios domésticos que hicieron maestros de la arquitectura postmoderna como Charles Moore, Robert Venturi o Lluís Clotet y Óscar Tusquets. Una obra sumamente delicada, en la que el espacio existencial se inscribe en la memoria de los muros, y las vistas hacia el exterior se consiguen creando aberturas en dichas masas de piedra. Con unos interiores espectacularmente iluminados con la luz natural que penetra de manera dramática por aberturas verticales y por franjas horizontales, la casa tiene unos acabados industriales con suelos y techos de hormigón. Se trata, en definitiva, de una casa extremadamente personal, totalmente irreplicable.

De las cuatro casas, tres son la vivienda del propio arquitecto y devienen, por lo tanto, manifiestos del espacio para habitar que ellos mismos consideran ideal, dentro, lógicamente, de los medios económicos de que disponen

Por último, ya en Barcelona, en el barrio de San Gervasio, se ha realizado la casa propia del arquitecto Jaume Bach, también una obra maestra que sintetiza el saber hacer viviendas que ha desarrollado en su larga actividad profesional. Partiendo del recuerdo de los volúmenes de las dos casas antiguas preexistentes, Bach ha creado un pequeño universo totalmente nuevo, de espacios cerrados y abiertos, volúmenes escalonados, patios y plataformas, con los que consigue la máxima riqueza espacial. Unos re-

cintos en los que la luz natural entra de todos los modos posible: grandes y pequeñas ventanas, ventanas que se descomponen en planos, ranuras, aberturas a patios, luz que rebota en las paredes, lucernarios. La vivienda tiene hasta cuatro niveles: el de acceso, con el garaje y la biblioteca; el del estar, con la cocina, el comedor, el jardín y la piscina –que está en la fachada de la parcela y que con la vegetación crea un filtro hacia la calle; el del dormitorio y el baño –que sobresale en un iluminado volumen de madera, como una sauna; y el del estudio, con preciosas vistas sobre Barcelona y el mar.

En la casa de Jaume Bach se inscribe el saber de otras casas unifamiliares modélicas, especialmente los interiores de la casa propia de Luis Barragán en México D. F. (1950) o la materialidad de la Villa Mairea de Alvar Aalto en Noormarkku, Finlandia (1937-1939).

De las cuatro casas descritas, tres, las de David Soldevila, Julia Schultz-Dornburg y Jaume Bach, son la casa del propio arquitecto, por lo tanto, manifiestos del espacio para habitar que ellos mismos consideran ideal, dentro, lógicamente, de los medios económicos de que

disponen. Y estas cuatro obras nos demuestran que en algo que puede parecer simple, menor y agotado como es la casa unifamiliar, al contrario, cada día aparecen soluciones totalmente inéditas, y a la vez, sabiamente relacionadas con el saber arquitectónico y con las posibilidades del lugar. Porque el mundo de lo cotidiano y lo doméstico, lo privado y lo íntimo, siempre en continua transformación, sigue siendo motivo de experimentación, creación y emoción arquitectónica. |



04

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

Tafnesa como refugio

Después de recuperar fuerzas y ánimos, el padre de Taimunt, Ammar, abandonó Aduz y emprendió, con esposa e hijos, un tortuoso camino hacia Tafnesa, un pueblo del interior

ALI LMRABET

El viaje hacia Tafnesa, donde Ammar había heredado una vieja chabola, fue una auténtica expedición. Haddú, el primogénito, que tendría luego un destino relevante en la historia de su pueblo, se encargó de ayudar a su padre a cargar sobre las mulas sus magras pertenencias. Arados, hierros cuya utilidad escapaba a Taimunt, carne ahumada, aceite de oliva, frutos secos, cereales y otros víveres. Los dos otros hijos, Aisa y Chaib, sacaron el rebaño, y sus hermanas Fettuma y Arbía, limpiaron la casa, “para cuando volvámos”, sentenció el patriarca. La madre, Fettuch, estaba hundida en el dolor y su cara envuelta en ríos de lágrimas. De vez en cuando se le escuchaba murmurar: “Alá éa dónde iremos?”

Salieron de noche, dirigiéndose hacia el interior del montañoso e inhóspito Rif, donde ningún extranjero, “ni siquiera el mismísimo sultán” aseguraban las leyendas, se atrevía a penetrar. No se despidieron de nadie, porque ya no había nadie de quien despedirse. En Aduz, sólo quedaban casas de adobe barridas por el viento del Mediterráneo y algunos ancianos que no quisieron o no pudieron huir.

Caminaron en procesión, los hombres a caballo y delante, las mujeres a pie y detrás, como lo dicta la costumbre. Como eran demasiado pequeñas para emprender el nocturno recorrido, Taimunt y la pequeña Arbía fueron izadas sobre una mula. De allí pudieron avistar los incalculables esfuerzos de Fettuch, la cabeza agachada hacia abajo, para evitar tropezar o caer. Fue una noche de duro caminar con ladridos de perros, hostiles aullidos de lobos, a través de caminos empinados y de arbustos cortantes; con la luna llena como único aliado. A las

primeras luces del alba llegaron a Tafnesa.

No fueron recibidos con los brazos abiertos. Para los rifeños, abandonar su pueblo es perder una parte de su honor. Los primeros años en Tafnesa fueron pues dramáticos. En el crepúsculo de su vida, cuando se dejaba llevar por la melancolía o la nostalgia, Taimunt solía soltar bribas de recuerdos de ese pasado del cual no quería acordarse. Ammar debió vender el rebaño porque no poseía tierras que cultivar para subsistir. Poco tiempo después, vino el turno de los dos caballos. Como la situación no mejoraba, los chicos tuvieron que labrar tierra ajena. Hicieron de ‘jemasa’, aparceros, un trabajo de peones indigno de una familia que se jactaba de descender de un santón local. Una vergüenza suplementaria en un Rif donde los códigos son severamente respetados.

En el pueblo, apodaron a los hijos ‘Mis Ammar sin tierra’ (Hijos de Ammar sin tierra), y cuando iban al zoco de la tribu los señores jerifes enchilabados y montados sobre soberbias monturas se reían a su paso. Una vez, Haddú tuvo que contener su cólera cuando el padre de una mujer que quería tomar como esposa le respondió con una mirada desdeñosa, señal de rechazo.

Cuántas veces, al final del día, cuando los hombres regresaban exhaustos del campo, los infelices exiliados se miraron fijamente durante largos, interminables, minutos sin soltar palabra alguna. Sin el “El Mektub”, el fatalismo que rige la vida de los musulmanes y hace que tu destino esté inscrito en tu frente desde el mismo nacimiento hasta la muerte, nadie hubiera podido soportar tanta desgracia, tanto desprecio.

Aún faltaba mucho para que llegaran los días de gloria, pero también de destrucción, de sangre y de muerte